

Prólogo

La literatura de terror moderna no suele ser sutil. La mayoría de quienes practican el arte de lo inquietante suelen ir directos a la yugular, olvidando que los mejores depredadores son siempre sigilosos. No tiene nada de malo lanzarse a la yugular, evidentemente, pero los escritores de verdadero oficio y talento siempre se guardan más de una carta en la manga.

No todos los relatos de este libro son de terror, por cierto. Algunos son melancólicamente sobrenaturales, otros, ejemplos inquietantes y lóbregos de literatura que no es de género, y uno de ellos en concreto no tiene nada de oscuro y es en realidad bastante tierno. Pero lo que sí tienen todos es sutileza. Joe Hill es un puñetero maestro del arte del sigilo. Incluso el cuento sobre el niño que se transforma en insecto gigante es sutil y, seamos sinceros: ¿cuántas veces se puede decir eso de un relato de terror?

La primera vez que leí a Joe Hill fue en una antología llamada *The Many Faces of Van Helsing* (*Las muchas caras de Van Helsing*), editada por Jeanne Cavelos. Aunque también había un relato mío en aquel volumen, he de confesar que no había leído a ninguno de los otros autores cuando nos reunimos para una firma conjunta de ejemplares en Pandemonium, una

librería especializada de Cambridge, Massachusetts. Joe Hill estaba allí, junto con Tom Monteleone, Jeanne y yo.

Hasta entonces yo no había leído absolutamente nada suyo, pero conforme transcurría el día mi curiosidad por Joe Hill iba en aumento. Lo más interesante que deduje de nuestras conversaciones fue que aunque era un gran aficionado a la literatura de terror, éste no era el único género que cultivaba. Había publicado cuentos sin género específico en revistas «literarias» (y créanme cuando les digo que estoy empleando ese adjetivo en el sentido más amplio posible) y había ganado premios con ellos. Y sin embargo no podía evitar volver una y otra vez al género fantástico y de terror.

Alégrense de ello. Y si no se han alegrado todavía, pronto lo harán.

Con el tiempo, habría terminado por leer completa la antología *The Many Faces of Van Helsing*, pero en gran parte debido a mi encuentro con Joe Hill lo hice inmediatamente. El cuento suyo allí incluido, «Hijos de Abraham», era una visión escalofriante y llena de matices de unos niños que están empezando a descubrir —como les ocurre a todos los niños en algún momento de su vida— que su padre no es perfecto. Me recordó en muchos aspectos a aquella película independiente y profundamente inquietante titulada *Escalofrío*. «Hijos de Abraham» es un excelente relato que está más o menos hacia la mitad del libro que tiene usted en sus manos, y me pareció lo suficientemente bueno como para querer leer más cosas de Joe Hill. Pero sólo había publicado cuentos, y siempre en publicaciones que estaban fuera de los circuitos habituales. Así que tomé nota mentalmente para estar pendiente de su nombre en el futuro.

Cuando Peter Crowther me pidió que leyera *Fantasmas* y escribiera un prólogo, pensé que debía negarme. No tengo apenas tiempo para hacer otra cosa que no sea escribir y estar con

mi familia, pero la verdad es que estaba deseando leer el libro. Quería satisfacer mi curiosidad, comprobar si Joe Hill era tan bueno como «Hijos de Abraham» prometía.

Y no lo era.

Era mucho, pero que mucho mejor. El título de este libro¹ es adecuado por numerosas razones. Muchos de los relatos incluyen fantasmas de distintas clases y en otros resuenan con fuerza los ecos, los espectros del siglo XX. En «Oirás cantar a la langosta», el autor aúna su afición y sus conocimientos de las películas de monstruos y de ciencia ficción tan populares en la década de 1950 con el miedo a la amenaza nuclear que inspiraba aquellas películas. El resultado es intenso y oscuramente cómico a la vez.

Y, sin embargo, tal vez sea en el autor mismo donde el título resuena de manera más significativa. Hay una elegancia y una ternura en este libro que recuerda a una literatura anterior, a autores como Joan Aiken y Ambrose Bierce, a Beaumont, a Matheson y a Rod Sterling.

En los mejores relatos, Hill deja que sea el lector quien complete la escena final, quien proporcione la respuesta emocional necesaria para que la historia funcione. Y es un verdadero maestro a la hora de conseguirlo. Las suyas son historias que parecen ir cobrando vida conforme el lector pasa sus páginas, requiriendo su complicidad para llegar a un final. En el relato que abre el volumen, «El mejor cuento de terror», es imposible no presentir el final, tener una cierta impresión de *déjà vu* pero, lejos de estropear el efecto, lo que hace es realzarlo. Sin esa sensación por parte del lector la historia no funcionaría.

La intimidación llega con «Un fantasma del siglo XX», mientras que con «El teléfono negro» el lector es presa de una an-

¹ El título original del libro es *20th Century Ghosts* (Fantasmas del siglo XX).

gustia que le convierte en parte del relato y le hace partícipe de la acción, como un personaje más.

Son demasiados los autores que parecen pensar que en el género de terror no hay lugar para el sentimiento verdadero, y que sustituyen éste por una respuesta emocional automática que tiene la misma resonancia que los apuntes escénicos en un guión de película. Esto no ocurre en la escritura de Joe Hill. Por extraño que parezca, uno de los mejores ejemplos de ello es el cuento titulado «Bobby Conroy regresa de entre los muertos», que no pertenece al género de terror, aunque su acción discurre en el plató del filme clásico de George Romero *El amanecer de los muertos*.

Me gustaría poder hablar de todos los cuentos que conforman este volumen, pero el peligro de escribir un prólogo es precisamente desvelar demasiado de lo que viene a continuación. Sólo diré que si me dieran la ocasión de borrar de la memoria estos relatos accedería gustoso a ello, porque eso significaría tener el placer de leerlos de nuevo por vez primera.

«Mejor que en casa» y «Madera muerta» son dos piezas literarias de gran belleza. «El desayuno de la viuda» es una conmovedora instantánea de otra época y de un hombre que ha perdido su camino.

«Un fantasma del siglo XX» tiene ese sabor nostálgico que tanto me recuerda a la mítica serie de televisión *Dimensión desconocida*. «Oirás cantar a la langosta» es el brillante resultado de un *ménage à trois* entre William Burroughs, Kafka y la película *La humanidad en peligro*, mientras que «Último aliento» tiene el aroma inconfundible de Ray Bradbury. Todas las historias son buenas, pero algunas revelan un talento asombroso. «La máscara de mi padre», por ejemplo, es tan peculiar y sobrecogedora que leerla me produjo vértigo.

«Reclusión voluntaria», que cierra esta antología, es una de las mejores novelas cortas que jamás he leído y dice mu-

cho de la madurez literaria de Joe Hill. No es habitual encontrarse con un autor nuevo tan sólido, tan solvente como él. Y cuando esto sucede... bien, he de confesar que soy víctima de un torbellino emocional mientras me debato entre la admiración profunda y unas ganas horribles de darle un puñetazo. Hasta ese punto me gusta «Reclusión voluntaria».

Y sin embargo, «La ley de la gravedad»... es un cuento extraordinario, el mejor que he leído en años, que aúna en unas pocas páginas los muchos talentos de Joe Hill: su originalidad, su ternura y su complicidad con el lector.

Cuando aparece un nuevo autor en el panorama literario críticos y admiradores suelen hablar por igual de lo prometededor de su escritura, de su potencial.

Las historias de *Fantasmas*, sin embargo, son verdaderas promesas cumplidas.

Christopher Golden

Bradford, Massachusetts

15 de enero de 2005 (revisado el 21 de marzo de 2007)